

CONVERTIRSE ES “QUERER SER HUMANO”

P. Gonzalo de la Torre, Centro Bíblico Camino



1. Una conversión que no nos afecta.

Cuando hablamos de conversión personal, ordinariamente la orientamos por una de estas dos cosas: o por un cambio de religión, o por un cambio radical de conducta, siendo conscientes de que estamos en algún mal camino que queremos abandonar. En este sentido, la conversión es un acto excepcional. Muchos de nosotros podemos pasar tranquilamente la vida sin necesidad de ella, si estamos convencidos de que estamos en el buen camino. Por eso llegamos a pensar que el tema de la conversión es para otros.

2. Una conversión que nos afecta. Sin embargo, hay un tipo de conversión que nos afecta directamente y que debemos practicar diariamente. Como seres humanos tenemos una herencia animal. La evolución de la vida y de la naturaleza ha querido que heredemos de nuestros antepasados no-humanos las cualidades que a ellos les permitieron sobrevivir: el instinto de vivir, de alimentarse, de protegerse de las inclemencias del clima, de defenderse de cualquier agresión, de reproducirse, de socializar y compartir, etc. Nuestra herencia animal es variada y se constituye en algo que nos es indispensable para sobrevivir.

Esto nos lo indica la Biblia, cuando nos dice que tanto animales como seres humanos estamos hechos de la misma materia fundamental que es “lo terrenal” (Gn 2,19; 2,7): todos tenemos unos instintos que nos facilitan enfrentarnos a la vida con garantías de sobrevivencia. Pero

estos instintos pueden desbocarse y llevarnos a un comportamiento animal: llegar a matar por ejercer alguno de los instintos, o llegar a acaparar por la fuerza lo de otros, porque el instinto así lo pide. Necesitamos convertirnos constantemente de las tendencias no correctas de nuestra animalidad, a fin de no llenar la tierra de tanta muerte y sufrimiento.

3. ¿Cómo convertirnos de nuestra animalidad?

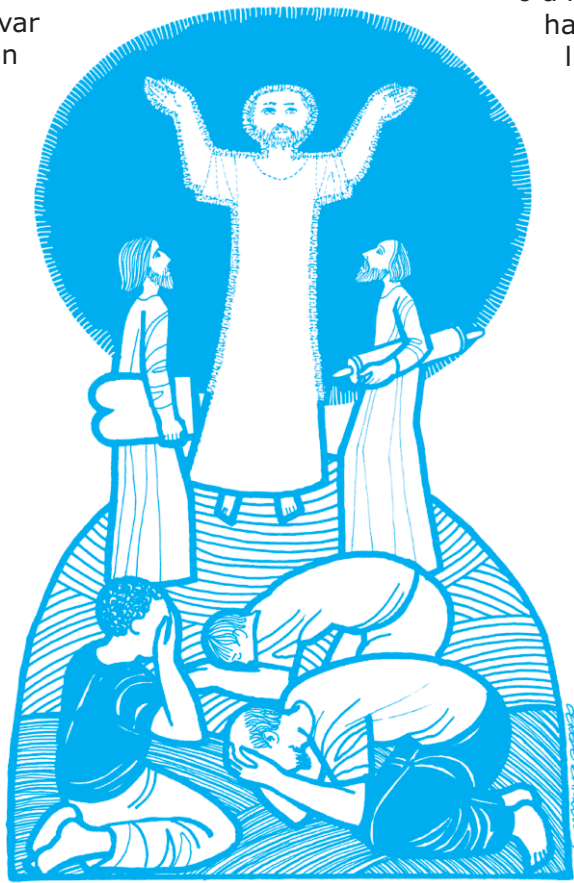
Como seres humanos venimos dotados de un instrumento que nos permite gobernar nuestros propios instintos y no ser esclavos de los mismos. Se trata de nuestra capacidad de conciencia. Esta capacidad, que se concreta en las capas superiores cerebrales que sólo los humanos poseemos, es lo que nos diferencia de los animales. La Biblia (Gn 2,7) lo insinúa cuando dice que Dios mismo le infundió al ser humano su aliento de vida, lo que lo hizo ser tal: un ser humano, distinto en definitiva de todos los animales. Y más explícitamente lo afirma cuando tanto del hombre como de la mujer sostiene que “son imágenes de Dios” (Gn 1,27) y no sólo imágenes de la animalidad heredada.

4. Convertirse es humanizarse. Todos sabemos por experiencia que esto no es fantasía: cuando lo queremos, podemos tomar el control de nuestros instintos, gobernar nuestro propio ser. Y es en esto precisamente, que hacemos un acto de conversión: pasamos de nuestra animalidad a una mayor humanidad, sin necesidad de destruir nuestros instintos; basta gobernarlos.

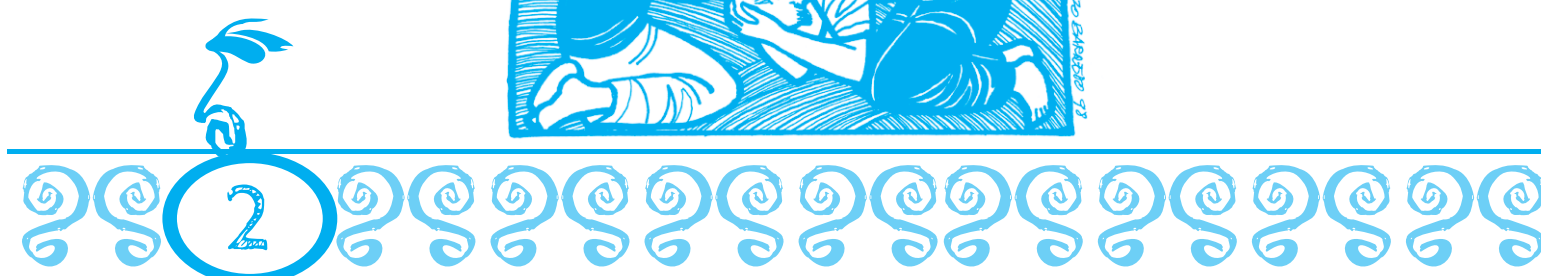
De todo lo anterior podemos deducir que la conversión es un perfecto acto de humanización, que como tal está al alcance de todo ser humano, tenga o no tenga religión, o tenga la religión que tenga. Todo ser humano está llamado a convertirse, a superar su animalidad, a ser cada vez más humano. El papel de todas y cada una de las religiones no es otro que el de humanizar a cada hombre y a cada mujer, sacándolos del gobierno del instinto para llevarlos al gobierno de la inteligencia, de la razón o del Espíritu. A la Religión o al Estado no les corresponde tomar las riendas de la conciencia humana, sino llevar al ser humano a que su razón (léase "su Espíritu"), sea el que tome la dirección. Cuando las religiones o el Estado se adueñan de la conciencia y le temen a la libertad humana, lo menos que hacen es infantilizar al ser humano, cuando no lo destruyen en su autonomía y libertad. Y haciendo esto, lo deshumanizan, lo animalizan en otra forma. Le quitan a Dios la mayor y más humana posibilidad de actuar en el ser humano, desde la

libertad. Aquí Dios no actúa desde fuera del ser humano o interviniendo milagrosamente para convertirlo. Actúa desde dentro, desde la conciencia, como un Dios respetuoso de lo que ha creado: unos seres humanos libres.

5. La Biblia nos muestra caminos de humanización. La Biblia se convierte en maestra, en la enseñanza de la humanización (de la conversión), cuando nos muestra cómo el ser humano tiene la posibilidad de ir creciendo en mayor verdad, en mayor justicia, en mayor humanidad: va pasando de un modelo de ley a otra, llamando siempre a lo más perfecto: por eso de la ley de la violencia de Lámelec "matar por matar" (Gn 4,23-24), pasa a la ley del talión "matar al que mate" (Lv 24,19-20); y de ésta ley del talión, pasa a la ley mosaica "no matar" (Ex 20,13); y de ésta ley mosaica pasa a la ley evangélica del perdón "amar y perdonar al que mate" (Mt, 21ss), o a la ley evangélica del "amar hasta el extremo" (entregar la propia vida hasta la muerte: Jn 10,11.15-18)...



6. Seguimos corriendo el peligro de deshumanizarnos. Tengamos presente esta secuencia aleccionadora, a fin de que nos fijemos dónde está el ideal que una religión del Nuevo Testamento, como la nuestra, debe procurar. Porque aún como cristianos seguimos "matando", cuando por miedo nos silenciamos



ante los violentos que lo hacen... Muchas veces también pedimos "matar al que mata" y creemos que esto es valioso en razón de la violencia que vivimos... Y, en el mejor de los casos, nos contentamos con el "no matar" de los Mandamientos, resignándonos a no ser asesinos personales, pero autorizando que las estructuras injustas de la sociedad lo hagan, cuando le quitan sus derechos al pueblo... Amar y perdonar al que mate, orar por el enemigo es ya una meta para Jesús, aunque su ideal es que hay que llegar a "entregar la vida por los demás, en razón de una causa justa". ¿No es esto un verdadero programa de conversión?



7. El ejemplo de conversión que nos dejó Jesús. Jesús no tenía pecados personales y, sin embargo, quiso reorientar su vida. Tanto, que fue a bautizarse como signo de que su conciencia le pedía conversión (Lc 3,21-22). Seguramente ante el profeta que lo iba a bautizar le dijo lo que pensaba: que todavía no le había dado a Dios Padre todo lo que él le pedía, ya que en su alma estaba el deseo de entregarse del todo al anuncio del Reino... de defender a los pobres y de hacer de ellos la centralidad de su vida... de anunciar la pateridad universal de Dios que nos hace hermanos a todos y de no estar conforme con la imagen de Dios y de la religión que daban el templo y la oficialidad judía... En fin, que deseaba decidirse por nuevos caminos que no fueran la tranquilidad de Nazaret...

Esta imagen de Jesús que de ser bueno quiere pasar a ser mejor, es la que más cerca está de muchos cristianos. Aceptar este modelo de conversión es reconocer en Jesús su humanidad, sometida a la tentación como todo ser humano. Todas nuestras pasiones, nuestros

deseos desordenados, nuestra tendencia al acaparamiento de poder, prestigio, sexo, riqueza, autoridad, etc. quedan resumidos en esa triple tentación que sufrió Jesús, cuando quiso tener pan en abundancia... manipular a Dios y a la religión... y poseer -como los poderosos de la tierra- todo lo disfrutable, todo lo que seduce, todo lo que halaga. ¿De qué placer se privaba un rey de su tiempo?

Jesús tuvo que poner en ejercicio lo mejor de su ser: su libertad, su inteligencia, su conciencia, el Espíritu de Dios que lo acompañaba y que trabajaba con él desde su interior, para poner orden en sus tendencias. Él sufrió la tentación, él supo transformar su conciencia de buena en mejor, él salió fortalecido del desierto y tomó un camino diferente: el del Reino de Dios. Cuando Jesús estaba en el desierto, nos dice San Marcos, fue tentado por Satanás (Mc 1,13) y "estaba entre animales del campo"... pero demostró que no era uno de ellos. Él salió del desierto superando su animalidad, siendo más fuerte que su instinto, siendo sencillamente más humano. Por eso podemos decir que también él salió convertido.

SABÍAS QUE: La cena pascual judía es el memorial de la liberación del pueblo de Israel, hacia una época de libertad y de justicia. (Ex. 12, 1-14)

